Miguel León-Portilla

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES EN EL MÉXICO ANTIGUO

DISCURSO DE INGRESO

SALUTACIÓN
Guillermo Haro

CONTESTACIÓN
Agustín Yáñez

PALABRAS FINALES
Luis Echeverría Álvarez

EL COLEGIO NACIONAL

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES EN EL MÉXICO ANTIGUO

Miguel León-Portilla

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES EN EL MÉXICO ANTIGUO

DISCURSO DE INGRESO (23 DE MARZO DE 1971)

SALUTACIÓN
Guillermo Haro

CONTESTACIÓN
Agustín Yáñez

PALABRAS FINALES
Luis Echeverría Álvarez

EL COLEGIO NACIONAL
México 2012

Coordinación editorial: Rosa Campos de la Rosa

Primera edición: 2012

D. R. © 2012. EL COLEGIO NACIONAL
Luis González Obregón núm. 23
Centro Histórico, C. P. 06020 México, D. F.
Teléfonos: 5789.4330 • 5702.1878 Fax: 5702.1779

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Correo electrónico: contacto@colegionacional.org.mx
colnal@mx.inter.net
Página: http://www.colegionacional.org.mx

PALABRAS DE SALUTACIÓN DEL DOCTOR GUILLERMO HARO PRESIDENTE EN TURNO

Esta noche recibimos con júbilo a un distinguido representante de esa corriente que persigue, con espíritu de modernidad, la señal del pasado y reconstruye un puente roto durante siglos, para ligar y dar mayor coherencia histórica a la capacidad creadora de nuestro pueblo.

Miguel León-Portilla es, por ahora, el más joven miembro de nuestro Colegio Nacional. A él toca, entre muchas otras tareas, unir el pasado con el presente, colaborando a nuestra proyección hacia una vida social cada vez más libre, rica y mejor. La imagen del hombre mexicano que buscamos y necesitamos —que nos sirva como paradigma— deberá tener sus raíces en las excelencias del pasado, en los logros positivos del presente y en los ideales, propósitos y acciones fecundas que nos guíen y nos hagan prosperar en el futuro.

Hoy, por primera vez en la ya larga historia del Colegio Nacional, el Presidente de la Re-

pública nos acompaña para recibir a un nuevo miembro de nuestra Institución. Agradecemos sinceramente tan alta distinción y la tomamos como una reiterada muestra de su profundo y activo interés en bien de la cultura nacional. Ojalá y que su presencia en este día, constituya el principio de lo que bien puede ser una alentadora tradición.

Miguel León-Portilla, nuevo miembro del Colegio Nacional; Luis Echeverría Álvarez, Presidente Constitucional de la República Mexicana: quisiera tan sólo repetirles las palabras finales con las que el maestro Alfonso Reyes me recibió en este lugar hace 17 años: "bienvenidos nuestros nuevos aliados en la campaña de la libertad por el saber". Don Miguel León-Portilla tiene la palabra.

LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES EN EL MÉXICO ANTIGUO

El recuerdo de quienes dedicaron sus vidas al estudio del legado espiritual prehispánico, acompaña mi ingreso en El Colegio Nacional. Pienso en maestros como don Francisco del Paso y Troncoso, don Pablo González Casanova *sénior*, don Manuel Gamio, don Ángel Ma. Garibay y don Alfonso Caso. Sin duda, al elegirme, los miembros de esta institución ilustre dejan nueva constancia de su reconocimiento a las investigaciones de hombres como los que he traído a la memoria. Igualmente reiteran así que, al lado de otras muy importantes disciplinas, tienen al estudio de nuestra historia antigua como de esencial interés para el presente y el futuro de la cultura nacional. De mí sólo diré que quiero ser continuador de lo que iniciaron los maestros. Con entusiasmo y entrega total he podido dedicarme a estas tareas gracias sobre todo a la Universidad Nacional, en donde fui estudiante y entre cuyos investigadores tengo el privilegio de contarme.

Agradezco a todos y cada uno de los integrantes de este Colegio el grande honor que me confirieron con su voto, y de modo especial me refiero a quienes presentaron mi candidatura: don Jesús Silva Herzog, maestro y estudioso infatigable, que ha sabido superar adversidad que a otros habría anonadado; igualmente los doctores don Eduardo García Máynez y don Guillermo Haro, amigos y universitarios distinguidos. Mi gratitud incluye asimismo, en forma particular, a don Alfonso Caso que, pocos días antes de morir, hizo constar por escrito su voto favorable. Hacer aquí recordación de don Alfonso es revivir el sentimiento por la muerte de un hombre que tanto contribuyó a la cultura patria.

El tema que voy a proponer a la consideración de ustedes concierne precisamente al legado espiritual prehispánico. Trataré acerca de lo que fueron la historia y los historiadores en el México antiguo.

Mas antes de exponer lo que he investigado sobre esta materia, me ocuparé de un problema básico, en relación con el concepto central que aquí nos interesa, que es precisamente el de la historia. El problema apunta al sentido que críticamente puede darse a la idea de historia —de obvio origen griego y de connotaciones múltiples en el pensamiento occidental—, al re-

ferirla a un fenómeno cultural de un ámbito tan distinto como el de Mesoamérica. Esta cuestión quizás a algunos parezca sutil, por no decir bizantina. De ella, sin embargo, depende en gran parte el valor crítico de este acercamiento.

Si empleáramos aquí, sin distingos ni precisiones, los conceptos y términos de historia e historiadores, fácilmente caeríamos en interpretaciones ingenuas. Correríamos el peligro de querer redescubrir en lo indígena lo que fue propio de culturas diferentes y soslayaríamos lo que más importa: las características que tuvo en el mundo prehispánico el empeño de conservar la memoria del pasado.

Partiré de un hecho que podemos aceptar como cierto. En el México antiguo, desde el período olmeca, anterior a la era cristiana, existió un afán por no dejar que se borrara el recuerdo de lo que había acontecido. Tal actitud puede percibirse hoy de múltiples formas. Lugar especial tienen la conocida precisión de sus sistemas cronológicos, las inscripciones en piedra, los códices o libros en que se consignaron los hechos pretéritos, así como no pocas tradiciones orales, también recordación de sucesos. A estas formas de evidencia se suman las noticias que específicamente hablan de sacerdotes y sabios dedicados a indagar y a hacer posibles tales testimonios.

Casi como algo que podía esperarse, encontramos además, a partir de los primeros cronistas españoles, la reiterada afirmación de que la antigüedad mexicana no fue indiferente a su historia. Sólo que, asimismo desde el siglo XVI, comenzó a sostenerse paralelamente la noción de que esas llamadas "historias de los indios", eran meras fábulas y leyendas en las cuales supuestas actuaciones divinas y humanas se mezclaban puerilmente. De hecho, el celo misionero —con contadas excepciones— pronto vio en los antiguos códices, en los almanaques calendáricos, en las inscripciones y en las relaciones orales, la mano oculta del demonio. Decididamente se persiguió, en consecuencia, lo que se juzgó que era no ya historia sino vestigio de supersticiones y arraigadas idolatrías.

Ello explica que mucho se perdiera entonces y que el estudio de la documentación que se salvó no pudiera emprenderse sino hasta tiempos recientes. Mas el moderno investigador de las culturas prehispánicas, libre ya de la obsesionante interpretación demoníaca, con dificultad podrá escapar a otros más sutiles prejuicios derivados de su propio bagaje cultural. Cualesquiera que sean sus conocimientos acerca de los idiomas y culturas nativas, ¿cómo superará los puntos de vista subjetivos y, por consiguien-

te, apriorísticos? Y sobre todo, ¿cómo alcanzará a distinguir con precisión entre lo que puede ser huella de una conciencia histórica indígena y lo que debe tenerse por mera elaboración fabulosa?

El problema se agudiza, no sólo en un sentido particular, respecto de cualquier fuente de información, sino de modo general, cuando, con criterio abierto, se toman en cuenta las tesis de algunos modernos estudiosos acerca de la significación de la historia. Las conclusiones alcanzadas, a propósito de los orígenes de la historia en el ámbito del mundo griego, parecen tajantes en este punto. En ellas se hace clara distinción entre cualquier afán por preservar de algún modo el recuerdo del pasado y el empeño en inquirir críticamente acerca de él. La primera preocupación es considerada sólo como un antecedente de la conciencia histórica. Los conceptos de historiador y de historia se reservan para elaboraciones culturales que se juzgan de un orden muy distinto, a saber: cuando interviene la reflexión sobre el sentido del acontecer pretérito; pero, además, cuando el recuerdo o imagen de los sucesos es el fruto de indagación metódica y crítica, dirigida a separar lo legendario o mítico, de lo que, en términos de causa y efecto, se considera como

acaecido realmente en el mundo del quehacer humano. Tal tipo de historia en sentido estricto, se nos dice, nació en el ámbito mediterráneo, específicamente en Grecia. Posteriormente sólo ha existido en aquellas esferas culturales que, de un modo o de otro, estuvieron expuestas al influjo helénico.

Buena muestra de este modo de pensar la ofrece R. G. Collingwood en su *Idea de la historia*:

> ¿Cuáles fueron los pasos y las etapas que, para llegar a existir, ha recorrido la moderna idea europea de la historia? Puesto que, a mi parecer, ninguna de esas etapas ocurrió fuera de la región del Mediterráneo, es decir, fuera de Europa, del Cercano Oriente, desde el Mediterráneo hasta Mesopotamia y de las costas septentrionales al África [o sea fuera del mundo influido luego por la herencia greco-romana], nada debo decir acerca del pensamiento histórico en China ni en otra parte alguna del mundo, salvo de la región que he mencionado.[1]

[1] R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 23.

Y a continuación, para precisar por qué excluye del campo de la conciencia histórica a la mayor parte de la humanidad, da las razones que, fundamentalmente, se reducen a distinguir entre ese propósito casi universal de querer preservar la memoria del pasado y lo que ofrece como radicalmente diferente: reflexionar sobre el acontecer pretérito e inquirir críticamente para formarse una imagen lógica de él.

Aquellos pueblos, incluso los que conocieron alguna forma de escritura, pero que estuvieron desprovistos de la actitud inquisitiva y crítica nacida entre los griegos, no alcanzaron otra cosa —sostiene Collingwood—, que una cierta especie de "cuasi-historia".[2] Ésta tuvo un carácter teocrático, y se expresó en sus teogonías, mitos, fábulas y leyendas.

Para el investigador de las antigüedades del Nuevo Mundo, esta conclusión no debe pasar inadvertida. Si asume una actitud crítica, cual es de esperarse, ¿tendrá por ello que desechar, como no históricos en sentido estricto, tal vez todos los documentos que pueda reunir provenientes de los pueblos que estudia? ¿Deberá ver en ellos sólo otra manera de testimonio implícito, como son los demás vestigios que descubren los ar-

[2] *Ibid.*, p. 24.

queólogos, pero no el reflejo de una conciencia histórica verdaderamente digna de ese nombre?

El enunciado de estas cuestiones vuelve pertinente una consideración sobre ellas. Es curioso notar que esta moderna concepción crítica de la idea de historia coincide, en cuanto a sus consecuencias, con aquella otra forma de pensamiento que, por razones tan distintas como la de una actuación demoníaca, llevó a tener asimismo por meras fábulas a las llamadas "historias de los indios". ¿Se trata acaso —cabría preguntarse—, de dos posturas etnocéntricas, la del evangelizador, que sólo aceptó como verdaderas la historia de la revelación y la de los pueblos cristianos, y la del hombre moderno de origen occidental que afirma que el sentido crítico es exclusivo de su herencia de cultura?

Desde luego no es mi intención hacer a un lado, con este comentario, las disquisiciones formuladas, a propósito de la historia, por el pensamiento contemporáneo. Formalmente las tomo en cuenta porque considero que, a su luz, cabe intentar un más serio acercamiento al fenómeno específico de ese interés por el pasado en el ámbito del México antiguo. Reconozco que, obligado por el tema, he usado ya los vocablos de "historia" e "historiadores". Acepto ahora ponerlos críticamente en entredicho hasta

no determinar qué sentido puede concedérseles en el contexto de las culturas prehispánicas.

Pero antes de abordar el problema quiero advertir que lo circunscribo a los pueblos nahuas de los últimos siglos anteriores a la conquista. No significa esto, sin embargo, que deba perderse de vista el marco de referencia, mucho más amplio, de la evolución cultural mesoamericana. Hoy se sabe, gracias a las investigaciones arqueológicas, que en otras áreas del México antiguo existió una parecida preocupación por el pasado, y de ello hay testimonios que se remontan al primer milenio antes de Cristo. Pienso en las inscripciones que provienen del período olmeca y, de épocas posteriores, en los múltiples registros de acontecimientos a lo largo del horizonte clásico, en el área maya y en las de Oaxaca y del altiplano central. Otro tanto puede afirmarse de la etapa tolteca durante los siglos del postclásico. La investigación, en el caso específico de los tiempos aztecas, parte en consecuencia del reconocimiento de que el interés que entonces existió acerca del pasado no fue experiencia aislada en el mundo mesoamericano. También en esto, los aztecas y otros grupos nahuas contemporáneos suyos, fueron herederos y acrecentadores de un legado de alta cultura, más de dos veces milenario.

Hecho el anterior deslinde, podemos ya plantearnos las cuestiones pertinentes respecto a ese último período, el anterior a la conquista. Los puntos que interesa elucidar son los siguientes: ¿qué ideas tenían los *tlamatinime* o sabios nahuas de los siglos XV y principios del XVI acerca de sus formas de perpetuar la recordación del pasado? ¿Dentro de qué marco de creencias y lucubraciones realizaron su tarea? ¿Fundamentalmente qué les interesaba rescatar del olvido? ¿Quiénes eran y qué propósitos tenían los que se ocupaban en esto? De las respuestas que puedan darse a tales cuestiones, depende, así lo creo, el esclarecimiento del problema de si hubo o no durante la etapa azteca alguna manera de historia, entendido críticamente el concepto.

Fijémonos en el primer punto: las ideas que tuvieron los sabios nahuas sobre sus formas de recordación del pasado. Varios son los documentos indígenas que arrojan luz sobre este asunto. En algunos de ellos encontramos precisamente determinados términos que, analizados en función de sus correspondientes contextos, dejan percibir las ideas de que fueron expresión.

Comencemos por el vocablo *tlatóllotl*. Se deriva éste de *tlatolli* que significa "palabra" y "discurso". *Tlatóllotl* es voz colectiva y también abstracta que vale tanto como "conjunto de pa-

labras o de discursos" e igualmente quiere decir "esencia de la palabra o del discurso". Ahora bien, el término *tlatóllotl* no se aplicó a cualquier conjunto de palabras o discursos, sino específicamente a los dedicados a rememorar el pasado. En ese apuntamiento a lo pretérito radicaba la esencia de la palabra que, así, se convertía en memoria. Muchos son los textos indígenas que muestran que tal era la acepción de este término. Citaré, como ejemplo, un breve párrafo de los *Anales de Cuauhtitlan*. En él se habla de los lugares donde florecieron sucesivamente los conjuntos de palabras que eran tradición de hechos pretéritos:

> *Tlatoloyan*, o sea la sede por excelencia del *tlatóllotl* (las palabras-recuerdo), estuvo primero en Tula, en Quauhquecholan, en Quauhnáhuac, en Uaxtépec, en Quahuacan.
>
> Cuando aquello decayó, quedó la palabra-recuerdo, *ontlatóloc*, en Azcapotzalco, en Colhuacan, en Coahuatlinchan.
>
> Cuando aquello decayó, quedó la palabra-recuerdo, *ontlatóloc*, en Tenochtitlan-México, en Tezcoco-Acolhuacan, en Tlacopan-Tepanohuayan.[3]

[3] *Anales de Cuauhtitlan*, f. 63.

Como breve comentario a este texto, destacaré algo que parece muy significativo. Expresamente se ha afirmado que el conjunto de palabras, memoria del pasado, los *tlatóllotl*, tuvieron su raíz en Tula y en la serie de lugares que después se mencionan, y que marcan distintas etapas culturales, hasta terminar la lista con los nombres de las ciudades que fueron cabeza de la llamada Triple alianza: Tenochtitlan-México, Tetzcoco, en la región de Acolhuacan, y Tlacopan, Tacuba, en el territorio tepaneca. En esos tres sitios —tal es la conclusión del texto—, se recogió y quedó la palabra-recuerdo de lo que había ocurrido en los antiguos tiempos.

Los *tlatóllotl* se conservaron para que las nuevas generaciones pudieran oírlos y hacerlos suyos. Así, a propósito de los portentos obrados por algunos dioses o de los hechos de personajes famosos, se lee muchas veces en la documentación indígena la siguiente expresión: "se oirán sus palabras-recuerdo" (*in itlatollo mocaquiz*).[4] Pero, paralelamente, los *tlatóllotl* se perpetuaron en otra forma. En la misma fuente que hemos citado, los *Anales de Cuauhtitlan*, se dice a propósito de la vida de Huémac, antiguo señor de Tula:

[4] Véase, por ejemplo, *op. cit.*, f. 8 y f. 10.

> Muchas palabras-recuerdo acerca de él están en varios libros (*amoxtli*); por medio de ellos, podrán ser escuchadas. (*Ca cenca itolloca cecni amoxpan mocaquiz.*)[5]

Lo que al comienzo fue sólo objeto de tradición oral pasó a ser tema y contenido de los libros indígenas, cuya escritura comprendía representaciones estilizadas de distintos objetos, es decir pictografías, asimismo ideogramas y, en menor grado, glifos de carácter fonético. Varios son los códices que han llegado hasta nosotros con recordaciones, hasta cierto punto esquemáticas, de sucesos divinos y humanos. Menciono, como ejemplo notable, los que integran el grupo de manuscritos mixtecas de origen prehispánico. En ellos pudo estudiar Alfonso Caso, durante sus últimos años, las biografías de varios centenares de personajes que existieron a partir del siglo VII d. C. Y por lo que toca al mundo náhuatl, son libros de recordación del pasado la *Tira de la peregrinación*, los códices *Azcatitlan*, *Mexicanus*, *Vaticano A*, *Telleriano-Remensis* y otros varios que si bien provienen, como algunos de los ya mencionados, de tiempos posteriores a la conquista,

[5] *Op. cit.* f. 8.

conservan en buena parte la antigua técnica indígena.

Para describir el contenido de estos manuscritos, el hombre náhuatl se valió de diversos términos: *cecemeilhuiamoxtli*, libros de lo que ocurría cada día; *cexiuhámatl*, los que consignaban los acontecimientos de un año, o simplemente, *xiuhámatl* que tanto vale como "anales". Otros eran los *nemilizámatl* o *nemiliztlacuilloli*, papeles o pinturas de una vida; *in huecauh amoxtli*, libros de lo que sucedió en la antigüedad; *tlalámatl*, papeles de tierras y *tlacamecayoámatl*, papeles de linajes o como ellos decían de "mecateidades humanas".

En los centros prehispánicos de educación el contenido de esos libros, al igual que las palabras-recuerdo, los *tlatóllotl*, eran parte esencial en la enseñanza. Y juntamente con estas maneras de escritos y de tradición oral existieron las inscripciones en determinados monumentos. Un ejemplo es la conocida *Piedra de Tízoc* cuyos relieves y glifos conmemoran las hazañas de quien fue un *tlatoani* de los aztecas.

Mas para responder a la cuestión sobre lo que pensaron los sabios indígenas acerca de sus medios de preservar la memoria del pasado, no basta lo que hemos aducido. Es necesario valorar, además, lo que a veces consignan los

mismos textos acerca del origen y credibilidad de los distintos relatos. Por ejemplo, en varios *tlatóllotl* que incluyó Sahagún en su magna recopilación se lee esta frase: "He aquí la palabra que dejaron dicha los viejos… (*Izca in tlatolli in quitotihui in huehuetque…*).[6] Por otra parte, es frecuente encontrar, a modo de preámbulo, esta otra expresión casi clásica: "Se refiere, se dice… (*Mitoa, motenehua…*).[7] También —y entonces hay indicio de duda—, algunos relatos aparecen precedidos del vocablo *quílmach* que significa: "dicen que, dizque". Y, a propósito de algunas recordaciones de los orígenes cósmicos, como en la "Leyenda de los Soles", la narración se anuncia así: "Aquí están las palabras-recuerdo que repiten lo que se sabe que sucedió en la antigüedad. (*In nican ca tlamachilliztlatolzazanilli ye huecauh mochiuh…*).[8]

[6] Textos de los informantes de Sahagún, *Códice Matritense de la Real Academia*, f. 191r.

[7] Véase, por ejemplo, el principio de muchos relatos incluidos en obras como los *Anales de Cuauhtitlan*, los *Anales históricos de la Nación Mexicana*, la *Historia Tolteca-chichimeca*, los códices Matritenses y *Florentino* (Textos de los informantes de Sahagún), los *Anales de Tecamachalco*, etcétera.

[8] Manuscrito de 1558, "Leyenda de los soles", f. 75.

Distintas son todas esas formas de presentar un testimonio de aquellas otras en las que expresamente se menciona a alguien como responsable de haber sostenido lo que se aduce. En las colecciones de la antigua poesía náhuatl son frecuentes semejantes atribuciones. Como muestra veamos lo que se dice del pensamiento de un sabio náhuatl, el Señor de Teotlaltzinco: "Así lo dejó dicho Tochihuitzin, así lo dejó dicho Coyolchiuhque… (*In ic conitotéhuac Tochihuitzin, in ic conitotéhuac Coyolchiuhque…*).[9] Encontramos, asimismo, otras afirmaciones en que se invoca el testimonio de la experiencia. Transcribo la fórmula que se repite varias veces en los textos de la *Visión de los vencidos*: "Y todo esto pasó con nosotros, nosotros lo vimos, nosotros lo contemplamos admirados… (*Auh ixquich in topa mochiuh, in tiquitaque, in ticmahuizoque…*).[10] Finalmente citaré, por su grande interés, una expresión de duda, con una consiguiente rectificación, respecto de lo que otros sostuvieron a propósito de un antiguo linaje. El texto proviene de los *Anales de Cuauhtitlan*.

[9] *Manuscrito de cantares mexicanos*, Biblioteca Nacional de México, f. 14v.

[10] *Manuscrito anónimo de Tlatelolco*, 1528, Biblioteca Nacional de París, f. 33.

Tras de recordarse allí la genealogía de Xaltémoc, que había sido señor de Tequixquináhuac, aparece el siguiente comentario:

> Este discurso acerca del linaje [de Xaltémoc] no puede ser cierto. Porque ya se dijo aquello que es verdadero, cómo se ordenó [la descendencia].[11]

Aunque es casi seguro que tal comentario se debe al recopilador indígena de tiempos posteriores a la conquista, tenemos en él un indicio de que, en la elaboración de anales como éstos, no era inusitado en la tradición prehispánica recurrir a la confrontación de testimonios distintos. Ahora bien, cualquiera que sea la estimación que merezcan las diversas maneras, que hemos examinado, en la forma de aducir la autoridad de los relatos, lo importante es la diversidad de actitudes adoptadas frente a los testimonios del pasado. A través de ellas el hombre indígena reflejó tener conciencia de que, en su saber acerca de lo que había ocurrido, existían diferentes grados de certeza.

Y corresponde atender ya a otra de las cuestiones que inicialmente nos propusimos: ¿en qué consistió el repertorio de creencias e ideas

[11] *Anales de Cuauhtitlan*, f. 17.

que sirvió a los sabios de marco en su afán de conocer y conservar el pasado? Imposible sería reconstruir aquí la complejidad de su visión del mundo y de su pensamiento, fundamentalmente de contenido religioso. Opto, en consecuencia, por fijarme en lo que me parece más estrechamente relacionado con el tema que estamos considerando. Primer lugar ocupa la concepción que tuvieron, no sólo los nahuas sino en general los pueblos mesoamericanos, de un universo esencialmente cíclico. El sol y la tierra, ésta con todos sus rumbos y sus planos superiores e inferiores henchidos de símbolos, habían existido, cual realidad intermitente, varias veces consecutivas. A través de innumerables cuentas y ataduras de años, los dioses creadores habían sostenido las grandes luchas recordadas en los que hoy llamamos mitos prehispánicos. El período de predominio de los distintos dioses había constituido una edad del mundo, un sol, como decía el hombre prehispánico. Cuatro eran los soles que habían surgido y terminado: las edades de tierra, aire, agua y fuego. La época actual era la de *ollintonatiuh*, el sol de movimiento, el quinto de la serie, que comenzó a ser por el sacrificio de los dioses que, con su sangre, le dieron vida. Pero este sol, como todos los anteriores, estaba destinado a perecer y, con

él, la realidad del mundo donde habitaban por igual los *macehualtin*, gente del pueblo, y los sabios y nobles.

En tanto que la edad presente existía, múltiples fuerzas divinas actuaban y se dejaban sentir en el mundo. La acción de los dioses no era ni ciega ni menos fortuita. También en ella había ciclos y por tanto igualmente los había en todo acontecer a lo largo de cada día, y de las trecenas y veintenas de días, de las cuentas de años y de las ataduras de éstos, al concluir cincuenta y dos, y de las llamadas *huehuetiliztli* o "vejeces", sumas de ciento cuatro años solares. De hecho, para los nahuas y los demás pueblos de Mesoamérica, todos esos períodos y otros más complejos, como los que concibieron los mayas, constituían precisamente el marco, pleno de vida y movimiento, en el que actuaban los dioses. Las medidas de tiempo no sólo implicaban un *tonalli* o destino, sino que ellas mismas eran manifestación de los rostros de las deidades que, una y otra vez, se hacían presentes en el mundo de los seres humanos.

Vitalmente persuadido de que así era el universo en que le había tocado existir, el hombre prehispánico hizo de los cómputos del tiempo un saber de salvación. Desarrolló con extremada precisión sus sistemas calendáricos y ahondó

en su peculiar forma de astrología, siempre preocupado por cuanto acontecía o podía suceder en cada uno de los ciclos, a partir de las divisiones del día y de la noche, hasta que llegara la temida consumación del *ollintonatiuh*, la edad o sol de movimiento que, como las cuatro anteriores, consigo llevaba la muerte.

Su actitud de expectación ante el futuro llevó a los sabios nahuas a interesarse igualmente por el pasado ya que, en lo que había ocurrido, pensaban encontrar indicios de los destinos propios de todos los ciclos. Los signos calendáricos eran portadores de sentidos al referirse con rigor matemático a cualquier cuenta de días o de años. Por eso, para alcanzar la significación de lo que había ocurrido, había que computar y registrar la fecha con la máxima precisión posible. Dentro de este marco de creencias —y también de medidas calendáricas—, fue como se pronunciaron las palabras-recuerdo, los *tlatóllotl*, y se pintaron y redactaron los *amoxtli* y los *ámatl* que hoy nombramos códices del México antiguo.

¿Deberá concluirse de todo esto que el afán indígena en torno del pasado estuvo radicalmente constreñido dentro de una visión del mundo cimentada en mitos y expectaciones astrológicas? Sin duda, para alcanzar una respues-

ta, es necesario tomar conciencia, una vez más, de lo que fue la estructura propia de ese pensamiento. Los calendarios prehispánicos no sólo estuvieron apoyados en la lógica de una larga serie de observaciones sino que se expresaron asimismo en términos fundamentalmente matemáticos. En consecuencia, dentro precisamente del universo de los números y los símbolos sagrados, fue posible situar en forma estructurada cualquier memoria del pasado.

Esto ocurrió respecto de todo lo que interesó al hombre náhuatl rescatar en sus palabras-recuerdo y en sus códices. Como lo muestran los textos, quiso computar así la duración de las edades que habían existido. Correlacionó también con su lógica calendárica las manifestaciones y portentos de los dioses. Y, sin limitarse a lo cósmico y divino, concentró asimismo la atención en el orden de las cosas humanas. En el caso particular de los aztecas, su recordación incluyó a la serie de acontecimientos que habrían formado la trama del existir de la comunidad, desde los días de la tribu desconocida y peregrinante, hasta el asentamiento en Tenochtitlan y hasta los tiempos de grandeza del que llegó a ser el Pueblo del sol.

Convirtieron en relato y en medida de tiempo la memoria de las dificultades y persecucio-

nes a las que se habían sobrepuesto; de sus guerras, hambres y epidemias; de las genealogías de sus jefes o caudillos y después de sus distintos gobernantes, los *tlatoque*, con noticias de lo que cada uno hizo en su vida. También consignaron la realización de obras que hoy llamaríamos públicas, como edificaciones de recintos sagrados, palacios, escuelas, acueductos y mercados, y, paralelamente, las actuaciones de los sabios, sacerdotes, guerreros, artistas, poetas y mercaderes. De manera muy especial —porque era donde lo divino y lo humano se unían—, registraron lo tocante al culto religioso, la consagración de los templos, como la del llamado "Mayor" en Tenochtitlan, los sacrificios y fiestas que entonces se llevaron a cabo. En todo esto, casi como algo obvio, se reiteró la palabra de la intervención de sus dioses, en particular del que siempre los guió y protegió, el joven guerrero que hace nacer al sol, Huitzilopochtli.

A medida que la pujanza del pueblo azteca se fue afirmando y acrecentando, encontramos que en los textos se definió cada vez mejor el propósito que normaba la perpetuación de los recuerdos. Lejos de romper con el marco de los mitos y creencias, el empeño era mostrar cómo, en todos los momentos del pasado, la nación azteca había tenido un destino recto y bueno,

que ella había sabido aprovechar, hasta encaminarse con paso seguro a la consolidación de su grandeza. Los *tlatóllotl* y los códices se convirtieron en elemento esencial para la integración del Pueblo del sol. Gracias a ellos tuvo éste una imagen de sí mismo en la que sobresalían el rostro y el corazón esforzados que, por medio de la lucha, realizaban siempre su destino.

Las palabras-recuerdo resonaron como una especie de historia sagrada y nacional y hasta cierto punto también nacionalista. Más de un testimonio podemos aducir en confirmación de esto. Cuando, hacia 1428, se consumó la victoria de los mexicas y sus aliados sobre los antiguos dominadores de Azcapotzalco, se tomaron medidas para transformar la fisonomía del pueblo que hasta entonces había sido tributario. Itzcóatl, aconsejado por el célebre Tlacaélel, hizo nueva distribución de tierras, concedió títulos a quienes se habían distinguido en la lucha, promulgó leyes y atendió al engrandecimiento de la ciudad. Tales medidas se referían a un presente del que se quiso hacer momento de cambios radicales. Pero a la vez se atendió de modo explícito a la significación de lo pretérito. En los viejos códices, los propios y los de Azcapotzalco, la imagen del pueblo azteca distaba mucho de aparecer con rasgos de grandeza. Era pues

necesario reinterpretar el pasado para tener en él nuevo apoyo del destino que aguardaba a los seguidores de Huitzilopochtli. Había que establecer otras palabras-recuerdo y cambiar el contenido de los códices. Se reunió lo que se calificó entonces de falso y se hizo la quema de los libros de pinturas que no convenía conservar. Esto es lo que precisamente nos refiere un texto indígena, incluido en el *Códice Matritense de la Real Academia*:

> Se guardaba su historia. Pero entonces fue quemada. Se juntaron los señores mexicas, dijeron:
> —No conviene que toda la gente conozca las pinturas. Los que están sujetos, los hombres del pueblo, se echarán a perder y andará torcida la tierra, porque allí se guarda mucha mentira y muchos en ellas han sido tenidos falsamente por dioses.[12]

Distintos *tlatóllotl* y códices empezaron a reflejar la nueva imagen que los aztecas querían tener de sí mismos. En modo alguno se suprimieron ideas como la de que, durante mucho tiempo, ellos habían sido un pueblo persegui-

[12] Informantes de Sahagún, Códice Matritense de la Real Academia, v. VIII, f. 192v.

do. Por el contrario, se insistió en esto —y así lo muestran los relatos—, para ofrecer luego el contraste de una voluntad de lucha, determinación de realizar un destino, con el auxilio siempre del dios Huitzilopochtli. Los aztecas —como se consigna en sus textos—, son los herederos por excelencia de todo lo grande que habían alcanzado los toltecas. Sus dioses, en especial Huitzilopochtli, pasan a ser situados en un mismo plano con las divinidades que habían dado vida y completamiento a las anteriores edades o soles. Si Quetzalcóatl, Tezcatlipoca y Tláloc habían presidido los ciclos cósmicos pretéritos, a Huitzilopochtlí corresponde identificarse con el sol en la edad presente del *ollintonatiuh*. Él es, como se lee en uno de sus himnos sagrados, "el joven guerrero, el que obra arriba, el que va andando su camino…". En su boca se ponen palabras como éstas: "No en vano tomé el ropaje de plumas amarillas, porque yo soy el que hace salir al sol; el portentoso, el que habita en la región de las nubes".[13]

La reinterpretación azteca de los mitos y la elaboración de nuevos relatos y códices tuvie-

[13] Himno a Huitzilopochtli, *Veinte himnos sacros de los nahuas*, versión de Ángel Ma. Garibay K., México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1958, p. 31.

ron consecuencias que casi se antojan imprevisibles. En ellos iba a encontrarse la justificación de un destino que se concibió ligado a la realidad total del universo. Como Pueblo del sol, los seguidores de Huitzilopochtli tenían en esto una misión que cumplir. El sol y la edad presente habían nacido en virtud del sacrificio de los dioses que, con su sangre, les habían comunicado la vida. Pero el *ollintonatiuh*, la edad de movimiento, como las anteriores, llevaba la semilla de su propia destrucción. Cuando ésta ocurriera, se cerraría el ciclo de la actuación de los humanos; pasado y futuro por igual perderían todo sentido. Sólo al Pueblo del sol correspondía posponer el acabamiento, fomentando la existencia del *ollintonatiuh*, con aquello mismo que le había dado originalmente la vida, el líquido precioso de los sacrificios. Haciendo profesión de guerrero, su misión era someter a otras gentes, reunir cautivos y sustentar con su ofrenda al que crea el día y la sucesión de los tiempos. En tanto que los mexicas fueran fieles a ese destino, el sol y la tierra se librarían de la muerte. El orden de las recordaciones humanas seguiría abierto.

Así, en el marco de creencias de un universo cíclico, los aztecas introdujeron esencial novedad: la idea de poder alargar indefinidamente

las cuentas de años del sol de movimiento. Con su reinterpretación del pasado tomaron la carga de impedir que se cerrara el ciclo de interacción de hombres y dioses, el lapso del recuerdo posible, el tiempo único de lo que llamamos historia. Conscientemente he empleado ahora el término de "historia", porque considero que quienes repensaron su pasado para engrandecer su propia imagen y afirmar un destino, hicieron de hecho crítica de los antiguos relatos y se plantearon cuestiones sobre la posible significación de éstos. La más patente consecuencia de semejante forma de actuar, tuvo también relación primordial con lo que puede significar el concepto de historia: la duración de los tiempos humanos cuyo único término es la desintegración de la tierra, del sol, del universo.

Sin duda el nacimiento de esta peculiar manera de conciencia histórica ocurrió en un contexto donde los mitos mantenían su vigencia. Pero esto, si se tiene como posible objeción, ni fue exclusivo del mundo prehispánico ni desvirtúa en rigor la aparición de la historia. Diversas formas de mito ha habido y hay en lo que es el pensamiento histórico de otros muchos pueblos. Citaré en este punto a Edmundo O'Gorman en su obra *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Analiza allí las etapas que, a su juicio, pueden

percibirse en la producción historiográfica del mundo occidental. Primero estuvo —nos dice, la finalidad clásica de perpetuar, como lección permanente, los hechos ejemplares del pasado. Más tarde vino la que algunos tuvieron como suplantación, o sea la historia concebida

> [...] en favor de un pragmatismo político que, desde entonces, será la piedra angular en que se edifique el poderoso y creciente sentimiento de las nacionalidades... La historiografía queda uncida al destino de una aventura nacionalista. Ya no habrá sistemas de gobierno, no habrá plan de acción política, de paz, de guerra..., que no invoquen como justificación y garantía la experiencia del pasado y que no descansen en una interpretación historiográfica.[14]

Proliferación de mitos ha habido en esos propósitos de uncir la historia a destinos y aventuras nacionalistas. Nada tiene, por tanto, de extraño que, cuando los aztecas quemaron los viejos códices porque era necesario dar nuevo cimiento al propio ser, los mitos también se volvieran presentes. La reinterpretación de su

[14] Edmundo O'Gorman, *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*, México, Imprenta Universitaria, 1947, p. 28.

pasado, divino y humano, se hizo entonces en términos de lo que ellos creían y deseaban y también de la conciencia que tenían de lo que importaba la historia.

Otros hechos podrían mencionarse, en el caso de los aztecas, que confirman su propósito de valerse del mito y de la memoria de actuaciones ejemplares con el mismo fin de justificar su destino. Recordemos la orden de Motecuhzoma Ilhuicamina que envió servidores suyos a buscar el sitio de donde los aztecas habían venido, *Chicomóztoc*, el lugar de las siete cuevas, en las llanuras del norte.[15] Y asimismo citemos el mandato del mismo *tlatoani* de que esculpieran su efigie y la de Tlacaélel en Chapultepec "para que —según las palabras suyas que transcribió Diego Durán de una crónica en náhuatl—, viendo allí nuestra figura, se acuerden nuestros hijos y nietos de nuestros grandes hechos y se esfuercen en imitarnos".[16]

A través de monumentos, de pesquisas sobre los orígenes míticos, de quemas de códices

[15] Véase lo que escribe acerca de esto fray Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España*, edición de Ángel Ma. Garibay K., 2 v., México, Editorial Porrúa, 1967, t. II, p. 215.

[16] *Ibid.*, t. II, p. 245.

y de una consiguiente reinterpretación del pasado, se hicieron visibles los propósitos que avivaron la conciencia azteca de la historia. Piedra angular fue ésta para ellos sobre la que quisieron edificar el poderoso y creciente sentimiento de su realidad única de Pueblo del sol.

Hubo en esto sin duda una actitud calificada ya de nacionalista. Pero a la vez existió un enfoque raíz de universalidad. En virtud de su historia el hombre azteca concibió su destino esencialmente ligado a la realidad entera del mundo. Como en el caso de judíos y romanos, los aztecas se pensaron a sí mismos predestinados a realizar una misión. La de ellos fue posponer el término de la edad de movimiento, o lo que es lo mismo, alargar indefinidamente la duración de los tiempos, el ámbito abierto de una historia de connotación universal, porque abarcaba la vida de todos los humanos en los cuatro rumbos de un mundo circundado por las aguas divinas, según su propia imagen del universo.

Hemos descrito la que parece fue una peculiar manera de conciencia histórica en el mundo náhuatl. Resta decir algo sobre las personas mismas que se ocuparon de la preservación del pasado. Los textos indígenas conservan los términos con que se nombraban los que hoy llamaríamos historiadores. *Tlatollicuiloani* es vocablo

que significa "el que pinta o pone por escrito las palabras-recuerdo", el que reúne los *tlatóllotl* y sabe consignar su sentido en los libros de pinturas. Otro término es *Xiuhamoxpohuani*, "el que refiere cuál es el contenido de los libros de los años", aquel que, como maestro y conocedor de los códices, puede trasmitir el relato de lo que ha acontecido. En las escuelas indígenas, sobre todo en los *calmécac*, tenía lugar la enseñanza sistemática de las palabras-recuerdo, y de lo que se registraba en los códices. Los *cuicapicque*, forjadores de cantos, participaban igualmente evocando en sus poemas, para beneficio del pueblo, los portentos de los dioses y las proezas de hombres que en verdad fueron dueños de un rostro y un corazón.

A los cronistas indígenas y mestizos del siglo XVI cabe acudir en busca de mayor información sobre sus colegas prehispánicos. De ellos hablan autores como Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Hernando Alvarado Tezozómoc y Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin. Este último en su *Octava Relación*, para justificar el origen de los códices que fueron su apoyo, menciona a una serie de historiadores prehispánicos. "Estos antiguos relatos —nos dice—, fueron hechos durante el tiempo de los señores, nuestros padres, de nuestros antepasados. Y estas pinturas

del pueblo y la historia de los linajes fueron así guardadas…". Entre los que se ocuparon de preservar los recuerdos y códices, de confrontarlos y enriquecerlos, estuvieron los nobles Ahuilitzatzin, Moxochintzetzelohuatzin y Cuetzpaltzin, señor Tlaylótlac. Los tres mencionados sobrevivieron a la conquista y trasmitieron su saber de la historia.[17]

Y como ellos hubo otros de los que asimismo se tiene noticia. Se salvaron así del olvido antiguos *tlatóllotl* y un cierto número de libros de pinturas. El interés del hombre indígena por su historia definitivamente no murió con la conquista. Más de treinta nombres de historiadores y cronistas, nahuas y mestizos, pueden citarse del siglo XVI y principios del XVII. En sólo esto hay nueva prueba del arraigo que llegó a tener en la región del altiplano el empeño de perpetuar la recordación de los tiempos antiguos. Es cierto que en algunos de esos cronistas nativos de la primera centuria novohispana, el quehacer histórico —como el ser mismo del país—, se fue volviendo mestizo. La historiografía española había comenzado a influir sobre las formas

[17] Francisco de San Antón Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, *Octava Relación*, manuscrito conservado en la Biblioteca Nacional de París, f. 238-239.

indígenas de redactar sus anales. De ello dan fe los códices con glifos prehispánicos y con anotaciones marginales en escritura alfabética, y asimismo las obras de autores como Ixtlilxóchitl, Muñoz Camargo, Juan Bautista Pomar, Cristóbal del Castillo, Chimalpahin y Tezozómoc. Al mestizarse la cultura, otro tanto sucedió con la interpretación de lo que había sido la vida del México antiguo. Comenzó a concebirse el pasado a través de formas de pensamiento que eran consecuencia de la fusión de pueblos y modos de ser muy distintos. La historiografía nativa, posterior a la conquista, fue así prenuncio de la futura realidad de un México que acabaría por ser fundamentalmente mestizo.

Nunca desapareció, sin embargo, el empeño de dar a conocer lo que fue la raíz, y de ufanarse —como lo seguimos haciendo hoy en día—, en la recordación del más antiguo legado. Los cronistas indios y mestizos encontraron en la vieja historia los testimonios que les permitían autoafirmarse ante cualquier desdén de los peninsulares. Hombres como Bernardino de Sahagún participaron también en esta empresa y así los *tlatóllotl* y los glifos de los códices no se perdieron para siempre. El nuevo pueblo, en proceso de formación, tendría la posibilidad de conocerse mejor, reconstruyen-

do la imagen de esa porción de su ser que es lo indígena.

El México de hoy, como el de los tiempos antiguos, en la búsqueda y realización de su propio destino, tiene igualmente a la vista su historia. El siglo y medio de independencia nacional, las tres centurias de vida novohispana y los milenios de Mesoamérica son el antecedente insuprimible de toda proyección futura. Habrá necesariamente reformas y cambios pero éstos sólo tendrán sentido, serán positivos, si antes se toma en cuenta la raíz del pasado para entender el presente. Bien percibió esta idea el investigador de los antiguos textos que escribió lo siguiente:

> Nunca se perderá, nunca se olvidará,
> lo que vinieron a hacer,
> lo que quedó asentado en los libros de pinturas,
> su renombre, sus palabras-recuerdo, su historia.
> Así, en el porvenir,
> jamás perecerá, jamás se olvidará,
> siempre lo guardaremos
> nosotros, hijos de ellos, nietos, hermanos,
> bisnietos, tataranietos, descendientes,
> quienes tenemos su sangre y color.
> Ahora lo vamos a decir, lo vamos a comunicar
> a quienes todavía vivirán,

a los que habrán de nacer,
los hijos de los mexicanos, los hijos
[de los tenochcas.
Aquí, tenochcas, mexicanos, aprenderéis
cómo empezó la renombrada, la gran ciudad,
México-Tenochtitlan,
en medio del agua, en el tular,
en el cañaveral, donde vivimos, donde nacimos…
Escuchad, haced vuestras,
la antigua relación, las palabras-recuerdo…[18]

Al modo de los sabios poseedores de los libros de pinturas, actuó el azteca, de los tiempos novohispanos, don Hernando Alvarado Tezozómoc, cuando, al principio de su *Crónica mexicáyotl*, dejó esas palabras que son lección para siempre. Esencia y suma de las realidades de México quiere decir *mexicáyotl*. Para guiar a los hombres que aquí habrían de vivir era necesario rescatar la raíz de la antigua cultura, el testimonio del recuerdo, la conciencia de la historia.

[18] Hernando Alvarado Tezozomoc, *Crónica mexicáyotl*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1949, p. 46.

CONTESTACIÓN
DEL DOCTOR AGUSTÍN YÁÑEZ
MIEMBRO TITULAR DE EL COLEGIO NACIONAL

En plenitud creatriz, un ávido trabajador, infatigable reescarbador, rastreador, readivino, redescubridor de raíces esenciales, constructor, reconstructor, rendidor: Miguel León-Portilla cumple con creces las exigencias de El Colegio Nacional en la elección de sus miembros. Bienvenido al aula magna de la República.

Formado en las disciplinas del humanismo grecolatino, el polígrafo a quién hoy recibimos —Ulises obsesivo— halló en ellas las llaves maestras para penetrar en remoto mundo, para satisfacer la atracción de sus abismos y develar enigmas en asalto. Ulises pertinaz, a su regreso, tras procelas estudiosas, encontró en Ángel María Garibay —compatriota insigne, sabio excepcional, hebraísta, grecolatinista, nahuatlato y otomista, paladín del patrimonio aborigen, restaurado en gran parte por su asiduidad, por su pasión, por su educación básica, por su entrega entrañable a la iluminación de sorprendentes ri-

quezas—, León-Portilla encontró mentor sagaz, a ejemplo de cuyo periplo y bajo sus enseñanzas, emprendió el aprendizaje de lenguas autóctonas —el náhuatl, fundamentalmente— y, con ello, tener las vivencias de que aquel entrevisto mundo extraño era su honda tierra carnal, y aquellos arcanos, los de su estirpe, de su proficua herencia cultural, de fuerzas permanentes en el ser en sí patrio. Ulises insaciable, Se apresuró, sin descanso, a perseguir la incitación de senderos ocultos, nemorosos.

Ya en 1956, al sustentar examen de doctorado en filosofía —*summa cum laude*— en la Universidad Nacional de México (había cursado el bachillerato y obtenido la maestría en letras fuera del país), presenta la edificación de imponente ciudadela —Eneas fiel— sobre campo juzgado hasta entonces inaccesible: la filosofía náhuatl establecida en sus fuentes, asunto de la tesis doctoral, temprana obra maestra, ficha —fasto— sobresaliente no sólo de la bibliografía mexicana, por la investigación acuciosa que la enriquece, por el espíritu de método que la rige, por el aliento interpretativo que la desenvuelve, confiriéndole universalidad en la medida que ahonda en lo autóctono las preocupaciones ineluctables del hombre, cualesquiera sean su tiempo y circunstancias, o las formas que asuma

su representación, tanto más valiosas cuanto diferentes, al fin unificadas bajo denominadores radicales: imagen del universo, ideas metafísicas y teológicas, origen y destino del hombre, sentido de la existencia y formas adecuadas de vida. Precisamente son éstos los enunciados que sirven de categorías al doctor León-Portilla para estudiar y fijar el pensamiento filosófico náhuatl. Categorías universales, no cartabones ajenos. Canevá en que se tejen las respuestas originales, exentas de influencias desconocidas, a problemas eternos, operantes de la razón, el sentimiento y la voluntad. También Garibay usó clasificaciones occidentales de géneros en el rescate de la poesía indígena, pues independientemente de sus nombres, corresponden a posturas del sujeto frente al objeto, ahora y aquí, allá y siempre. Con estos instrumentos, apropiados en años de formación escolar, el doctor León-Porti1la llegó por opuestos caminos, con materiales y soluciones irreductibles, al hallazgo de identidades entre dos mundos que mutuamente se ignoraban; pero sabían afrontar iguales problemas.

La relevancia de *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes* halla ejecutoria con tres ediciones en español; dos en inglés (Universidad de Oklahoma); una en ruso (Academia de

Ciencias de Moscú) y una en alemán, el año pasado, en Colonia.

Sobre tan sólida obra, sucédese incesante, creciente producción: *Siete ensayos sobre cultura náhuatl* (1958); *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses* (1958); *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares* (1961); *Imagen del México antiguo* (1963); *Las literaturas precolombinas de México* (1964); *El reverso de la conquista: relaciones aztecas, mayas y quechuas de la conquista* (1964); *Tiempo y realidad en el pensamiento maya* (1968); *Quetzalcóatl* (1968).

Visión de los vencidos (1959) es libro que, traducido a numerosos idiomas, ha logrado amplia difusión; frente al testimonio de los europeos en torno a la conquista de México, muestra "la otra cara del espejo": la versión indígena, y plantea estos interrogantes: "¿Qué *pensaron* los indios al ver llegar a sus costas y pueblos a los descubridores y conquistadores? ¿Cuáles fueron sus primeras actitudes? ¿Qué sentido dieron a su lucha? ¿Cómo concibieron su propia derrota?". El texto, preparado para la Biblioteca del Estudiante Universitario, en la cual ocupa el volumen 81 (Universidad Nacional de México), realiza la contraposición iniciada en el volumen 2 de la misma Biblioteca (*Crónicas de la conquista*,

1939), donde la secuencia de relatos escritos por expedicionarios y soldados españoles termina con la patética narración maya de Ab Nakuk Pech, señor de Chac Xulub Chen. "No obstante condenaciones e incomprensiones mutuas —según texto de León-Portilla—, en el fondo ambos tipos de imágenes son intensamente humanas. En cuanto tales, deberán estudiarse sin prejuicio. Porque su examen sereno, más allá de fobias y filias, ayudará a comprender la raíz del México actual, consecuencia viviente del encuentro violento de esos dos mundos".

Trece poetas del mundo azteca (1967) es obra que, dentro de la bibliografía del doctor León-Portilla, merece destacarse por varías razones: la dimensión estética, que acomete con fortuna; la sistemática, fructífera tarea de investigación; el don de intuición, que permite descubrir y trasladar valores expresivos en el establecimiento de textos. Feliz hazaña invitatoria la identificación de autores, de notas biográficas, de piezas poéticas, recreadas en amorosa labor de traducción, esto es: unimismamiento con el espíritu de la letra; el espíritu triunfal de pueblos que sobreviven, pese a seculares acechanzas.

A los títulos precedentes, con calificación de mayores, ha de añadirse la exuberancia de artículos y prólogos, que orgánicamente compon-

drían múltiples libros; la planeación, dirección y colaboración en publicaciones de señero interés nacional e internacional; el desempeño de cargos decisivos al impulso de la cultura; la labor ininterrumpida como maestro y conferencista, dentro y fuera de México; la participación en el trabajo de instituciones y de reuniones ecuménicas de superior nivel científico.

Mas a nuestro parecer, la eminencia de quien hoy accede a la cátedra de El Colegio Nacional radica en lúcido afán de investigación y en generosa resolución ejecutiva de alentar, formar, enseñar, lanzar vocaciones a los océanos, a los desiertos por él explorados. Virtudes teologales y cardinales lo amparan. Alumno y heredero, continuador de Ángel María Garibay, en el designio de comprender formas, estilos diametrales de continentes humanos, ha sabido cumplir el encargo de albacea testamentario, y acrecentarlo con caudales de fe, amor, esperanza, sabiduría, perseverancia.

Si bien concentrado en temas arcaicos, no le son ajenos los del devenir histérico, hasta nuestros días: en aquéllos halla orígenes y resoluciones.

Compendio del inflexible itinerario recorrido, el discurso que acabamos de oír sobre "La historia y los historiadores en el México

antiguo": aguda confrontación, conjugación de posiciones vitales; dechado de indagación, interpretación y síntesis; espejo de armonía entre severa indagación y fluente motivación de simpatía, empatía e inmanismo, notas constantes en León-Portilla.

Por principio, el recipiendario plantea cuestión típica del discurrir occidental, conforme a la teoría del conocimiento: si la historia sólo es registro del acaecer o si apareja la interpretación, la elucidación del pasado.

Así como en su libro *La filosofía náhuatl* alude a los nombres de Aristóteles, Agustín de Hipona, Pascal, Kierkegaard, Unamuno, Bergson, Ortega y Gasset, Dewey, Gaos, ahora remite al criterio griego de la historia y a las ideas historiográficas de Collingwood, para discernir el debate; marcos de referencia pata precisar en qué consistió el quehacer indígena sobre lo pretérito, tema de inmediato propuesto:

> [...] qué ideas tenían los *tlamatinime* o sabios nahuas de los siglos XV y principios del XVI acerca de sus formas de perpetuar la recordación del pasado; dentro de qué marco de creencias y lucubraciones se desarrolló ese quehacer suyo, referido a lo pretérito; qué es lo que fundamentalmente les interesaba rescatar del olvido; quié-

nes eran y qué propósitos tenían los que se ocupaban de esto.

Con acopio de datos, acrisolados en severo rigor crítico —epifanía de habitual vigilia—, son satisfechas las preguntas, una tras una, por paralela vía seguida para ordenar el conocimiento filosófico náhuatl e identificar a trece poetas aztecas.

Trece años antes (1958), León-Portilla inició la "Introducción" a *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses* con esta tesis: "Numerosos son los testimonios de los cronistas españoles e indígenas sobre la existencia de lo que hoy llamaríamos arraigada conciencia histórica entre los grupos prehispánicos de idioma náhuatl"; tesis nutrida por trabajos y días, hasta la sazón gustada hoy.

Previo y especial pronunciamiento, para evitar peligro de "querer redescubrir en lo indígena lo que fue propio de culturas diferentes", la fijación de términos, así como el estudio comparativo de fuentes, entre ellas la conocida precisión de sistemas cronológicos, las inscripciones en piedra, los códices o libros, no pocas tradiciones orales: formas de evidencia sumadas a noticias que hablan específicamente de sabios y sacerdotes dedicados a indagar y hacer posibles tales testimonios. Débese añadir el ve-

rismo de retratos —actitudes características de personajes, ademanes, gestos, risas y sonrisas, muecas pasionales: del arrojo a la derrota, de la plenitud vital a la muerte— y grupos en escenas dinámicas, desde la solemnidad ceremonial hasta la rutina de costumbres domésticas; verismo en que abunda la escultura indígena, maestra en conjuntar lo simbólico y lo real, con poderoso aliento de representación exacta, testimonial.

En cuanto a la fijación de términos: las *palabras-recuerdo* contrastan con la idea occidental de historia, bien que converjan a igual fin. En el origen griego de la historia —dice León-Portilla— "se hace clara distinción entre cualquier afán por preservar de algún modo el recuerdo del pasado y el empeño de inquirir críticamente acerca de él". En cambio, afirma poco después: "el hombre prehispánico hizo de los cómputos del tiempo un *saber de salvación*" —alto género axiológico definido por Max Scheler—, que conjuntó la teogonía, la cosmología y lo fáctico, diferenciados cuidadosamente los grados de certeza. Universo cíclico, "las medidas de tiempo no sólo implicaban un *tonalli* o destino, sino que ellas mismas eran manifestación de los rostros de las deidades", cuya determinación "no era ciega ni menos fortuita", porque a sí propia se

hallaba regida por la lógica de calendarios rigurosa, fundamentalmente matemáticos: idea clave de la lección, que se confirma por el sentido constructivo de la cultura en los monumentos preservados hasta nuestros días.

La recordación implicó expectación: en lo que había ocurrido se buscaron indicios del destino en ciclos por venir y normas para *recto* y *sano* comportamiento.

> Los *tlatóllotl* y códices se convirtieron en elemento esencial para la integración del Pueblo del sol. Gracias a ellos tuvo éste una imagen de sí mismo en la que sobresalían el rostro y el corazón esforzados que, por medio de la lucha, realizaban su destino.

En este punto culmina la disertación del recipiendario: "Las palabras-recuerdo resonaron como especie de historia s*agrada y nacional*", epítetos que reviven el afán de Justo Sierra por convertir esta disciplina en materia básica de la educación patria: escuela de civismo, instrumento de formación, atisbo del futuro, preparación eficaz para las tareas diarias demandadas por el devenir imperioso de la República.

"Justificación de un destino —asienta León-Portilla— que se concibió ligado a la

realidad total del universo… En tanto que los mexicas fueran fieles a ese destino, el sol y la tierra se librarían de la muerte. El orden de las recordaciones humanas seguiría abierto": podrían ser alargadas indefinidamente las cuentas de años del sol de movimiento; esto es: la prolongación de la posibilidad histórica, de la oportunidad humana: singular concepto aborigen, que hace pensar en el Josué bíblico: detiene al sol para consumar batalla victoriosa.

Unificada en el pensamiento, en el sentimiento, en la resolución de los antiguos mexicanos, la palabra-recuerdo es maestra de la vida. Siglos después Augusto Comte afirmaría: "los muertos mandan a los vivientes".

La transición de la historia en sentido estricto: registro fiel de lo acaecido, a la filosofía de la historia: reflexión e interpretación del suceder temporal, en busca de constantes universales, inespaciales; empresa ésta que tardíamente se inicia, para muchos, con San Agustín en *La Ciudad de Dios*, no existió en la concepción indígena del pasado, dirigida siempre al futuro, atenta siempre a signos, a realidades impalpables, fáciles de descubrir en el cómputo de los días y los años. Una e igual era la operación de registrar, interpretar y actuar.

Calurosamente acogemos —lo hemos hecho de muy antes— la conclusión extrema que Miguel León-Portilla nos presenta como patente de ingreso a esta Casa de la *Libertad por el Saber*:

> El México de hoy, como el de los tiempos antiguos, en la búsqueda y realización de su propio destino, tiene igualmente a la vista su historia. El siglo y medio de independencia nacional, las tres centurias de vida novohispana y los milenios de Mesoamérica son el antecedente insuprimible de toda proyección futura. Habrá necesariamente reformas y cambios; pero éstos sólo tendrán sentido, serán positivos, si antes se toma en cuenta la raíz del pasado para entender el presente.

O sea: la clásica sentencia, un día recordada en Querétaro, en el Cerro de las Campanas, al inaugurar el monumento al Presidente Juárez, en el centenario del triunfo de la República contra el intervencionismo extranjero: "quien sabe del pasado, sabe del porvenir".

Emulación a las nuevas generaciones —vocaciones—, insistimos en ponderar el ejemplo del doctor Miguel León-Portilla: su preparación remota: lingüista, filósofo —"filosofía es filolo-

gía", en el apotegma de Juan Bautista Vico—, donde fertiliza la opulenta cosecha de historiador, de humanista, no conseguida como tarea de farragosa erudición, sino como actividad ingente, como amenidad excitante hacia urgencias presentes y futuras, conforme a la palabra-recuerdo; aportación substancial a la historiografía y a la historia de las ideas.

Para tan eminente mexicano, la flor y el canto, merecidos por su perseverancia, su lucidez y su obra.

Cuetzpaltzin, el sabio Águila Blanca de Tecamachalco, entonó:

> Ahora estamos sobre la tierra florida.
> Nadie hará terminar aquí
> las flores y los cantos:
> ellos perduran en la Casa del Dador de la Vida.

El Dador de la vida —invoquémoslo—: Ometecuhtli, Sol superior, metafísico, de los mexicanos; el signo de la luz en la frente, creador, soberano en la región más alta, sobre trece descendentes dominios; región a la que nunca, jamás, llega ni llegará el ocaso.

PALABRAS FINALES
DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
DON LUIS ECHEVERRÍA ÁLVAREZ

Pienso, señores Miembros de El Colegio Nacional, que no habrá objeción protocolaria para que exprese a ustedes mi agradecimiento cordial por haberme invitado a esta Casa de lecturas y meditaciones —y qué pocas quedan ya en la ciudad vertiginosa—, para el acto de recepción de un joven miembro que viene a dar testimonio de que la cultura es al mismo tiempo continuidad y renovación.

Hombre de acción, meditaba yo en este taller de pensamiento, que la acción no puede ser lúcida ni acertada, si a un mismo tiempo no prevé, en algo, el futuro con la mirada puesta en la historia. Meditaba también, escuchando al doctor León-Portilla, que si nuestros indios contemporáneos tuvieran unos historiadores, qué dramáticas serían sus reflexiones.

Hemos trazado un camino, hemos intentado acciones ya trilladas, melladas y llenas frecuentemente de incomprensión burocrática, y nos ha hecho pensar el doctor León-Portilla

acerca de la cruel, de la todavía dramática relación en este país mestizo, con los indios de México.

Que siga el doctor León-Portilla con esa vocación y con ese amor por los antiguos mexicanos y su cultura; que sigamos todos con una preocupación semejante a fin de que tratemos de aportar una poca más de luz, un mayor margen de acierto para entender mejor, para una convivencia más armónica y más justa con millones de mexicanos: los de más fina sensibilidad, los de mayor comprensión, los de mayor intuición de la naturaleza, los más pobres, que son los indios, que son para nosotros motivo de una grave preocupación.

Complace a quien, estudiante de Derecho, hace poco más de cinco lustros, atravesaba la calle para venir a escuchar a Miembros Fundadores de El Colegio, que aquí se encuentran presentes. Complace, humanamente, con autenticidad, observar cómo el paso de los años y enfermedades, no han agotado la vivacidad del espíritu, la rebeldía ante problemas nacionales, su contribución a una cultura nacional que debemos tratar de engrandecer, en días en que medios de comunicación, muy poderosos, llevan mensajes ayunos de contenido.

Señores, mi agradecimiento no es protocolario; eso sí, es el de un mexicano que pasajeramente es Presidente de la República; que reconoce y debe reconocer, cómo la aportación de ustedes ha sido, es y seguirá siendo esencial para este país, en donde no habrá acción constructiva que no considere, que no parta, que no contribuya a la elaboración del pensamiento de México.

ÍNDICE

Palabras de salutación
del doctor Guillermo Haro,
Presidente en turno 7
La historia y los historiadores
en el México Antiguo,
por el doctor Miguel León-Portilla 11
Contestación
del doctor Agustín Yáñez,
Miembro titular de El Colegio Nacional 49
Palabras finales
del señor Presidente de la República,
Luis Echeverría Alvarez 65

Se terminó de imprimir el 31 de enero de 2012 en los talleres de Impresos Chávez de la Cruz, S. A. de C. V., Valdivia 31, Col. Ma. del Carmen, C. P. 03540, México, D. F. Tel. 5539 5108. En su composición se usó el tipo Garamond de 10.5:12.5, 9.5:12.5 y 8.5:10.5 puntos. La edición consta de 1 000 ejemplares. Captura y composición de textos: Rebeca Rodríguez Jaimes y Laura Eugenia Chávez Doria. Editor: Hildebrando Jaimes Acuña.